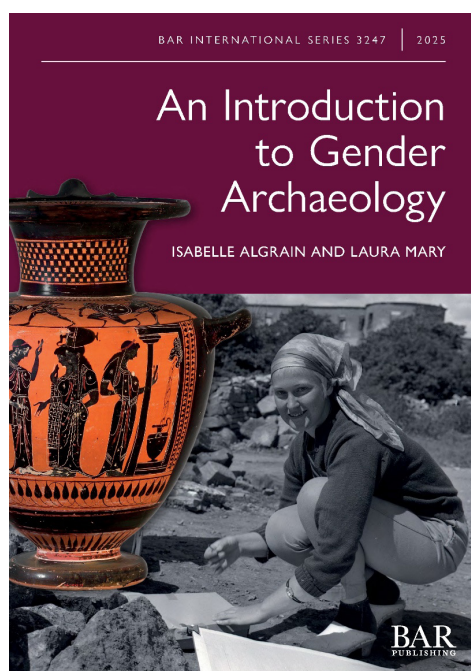




AN INTRODUCTION TO GENDER ARCHELOGY

Isabelle Algrain and Laura Mary

Editorial:
BAR PUBLISHING

ISBN:
9781407363325

Año de edición:
2025

Oxford

Ángela Pérez García
Università degli Studi di Salerno
<https://orcid.org/0009-0008-6725-1695>

An Introduction to Gender Archaeology, de Isabelle Algrain y Laura Mary (2025), se presenta como una obra introductoria a la Arqueología de Género que va mucho más allá de ser un manual limitado exclusivamente al estudio “de las mujeres”. El libro se articula en tres grandes partes (teórica, interpretativa y profesional) acompañadas de una amplia introducción, necesaria para explicar términos y conceptos clave útiles a lo largo del texto, una conclusión algo más contenida y sintética, un extenso apartado bibliográfico, un glosario de términos clave y una sección final, “*non-exhaustive who’s who*”, que reúne más de 80 perfiles breves de especialistas mencionados a lo largo de la obra. Esta estructura facilita la comprensión del lector desde los fundamentos conceptuales más básicos hasta los problemas que atraviesan los profesionales en la vida cotidiana, ofreciendo además una visión actualizada de los principales debates sobre género, identidad y poder que atraviesan hoy la Arqueología.

En la primera parte, Algrain y Mary presentan las cuestiones teóricas y metodológicas fundamentales de la Arqueología de Género y subrayan su conexión con otros enfoques críticos (Arqueología descolonial, indígena, queer, feminista, etc.), que comparten el interés por analizar formas de desigualdad, sometimiento y marginación.

El capítulo 1 analiza la influencia del feminismo (desde su “segunda ola”) en el nacimiento y desarrollo de la Arqueología de Género en distintos contextos cronológico-culturales. Esto ha permitido no sólo visibilizar a las mujeres y reconocerlas como sujetos activos, sino también cuestionar las interpretaciones androcéntricas del pasado. El análisis se centra en el mundo occidental, con un especial interés en los países francófonos y Estados Unidos, donde la arqueología de género se institucionalizó tempranamente (p. 15). A nivel general, los primeros trabajos que combinaron feminismo y arqueología denunciaron la jerarquía interna de la profesión, la división sexual del trabajo en las excavaciones y la tendencia a relegar a las mujeres del pasado a meros sujetos pasivos (p. 21).

A partir de la “tercera ola” y del movimiento *#MeToo*, el debate sobre el género se complejiza y se diversifica, incorporando cuestiones de identidad, sexualidad y poder, que ya no encajan con un marco exclusivamente binario. Las autoras insisten en que la evolución de los estudios de género y de las identidades sexuales no ha sido un proceso homogéneo, sino que

su desarrollo depende de cada contexto social, económico, lingüístico y académico. En España, por ejemplo, el primer libro sobre feminismo y arqueología¹ no aparece hasta 1999, tras iniciativas previas a finales de los ochenta y principios de los noventa, pero en un contexto académico diferente (p. 24). En Alemania, las autoras señalan que sus estudios están activos desde principios de la década de 1990, aunque su recepción fuera del país fue limitada debido al idioma (p. 21).

El capítulo 2 aborda de manera directa las relaciones entre racismo y arqueología. Tal y como indican las autoras, la disciplina arqueológica (como muchas otras) ha estado históricamente dominada por la hegemonía de la figura del investigador “hombre blanco”; cuya posición privilegiada ha condicionado tanto las preguntas planteadas como los métodos y respuestas sobre las sociedades del pasado (p. 29). Desde este planteamiento, defienden la necesidad de una Arqueología más responsable y comprometida y, tal y como señala Fitzpatrick (2021), guiada por un compromiso ético real y no de “culpa”. En este contexto, el auge de enfoques descolonizadores (influenciados por el feminismo, los estudios queer y de género y de la teoría crítica de la raza y el pensamiento postcolonial) ha cuestionado la supuesta neutralidad de la investigación y ha buscado transformar las relaciones de poder entre los arqueólogos y las comunidades estudiadas (p. 30-31). Este avance se refleja en el desarrollo de arqueologías indígenas en zonas como Estados Unidos, Canadá o Australia, entendidas no solo como arqueologías hechas “con, para y por” las comunidades, sino con repercusiones mucho más amplias (p. 32). También se examina el paso de una arqueología africana hacia una arqueología de la “diáspora africana”, donde se denuncia el peso del racismo en la disciplina (p. 33) y se reclama una reconceptualización metodológica y teórica (pp. 34-35). El capítulo incluye, además, enfoques de la arqueología feminista negra y su conexión con movimientos sociales como el *Black Lives Matter*.

El capítulo 3 muestra cómo los desarrollos recientes en Arqueología de Género convergen con enfoques que amplían y complejizan el análisis del pasado. En primer lugar, el estudio de las masculinidades ha evidenciado su profundo impacto en la manera en la que se construyen y aplican las normas de género, así como los estereotipos que las sostienen. Por su parte, la arqueología de las sexualidades y la arqueología queer, influidas por la idea del género como construcción social y performativa, cuestionan las normas heteronormativas que han guiado tradicionalmente la interpretación arqueológica (p. 40). Este campo, consolidado desde principios de los 2000, no es igual en todas partes, sino que cambia dependiendo del momento histórico y cultural (p. 40). Al final del capítulo se hace referencia a la arqueología anarquista, que apuesta por trabajos colaborativos, pedagogías críticas y prácticas orientadas a democratizar el acceso al conocimiento; en sintonía con los movimientos feministas, queer, indígenas y de la diáspora africana (p. 43). En conjunto, el capítulo ofrece un panorama útil sobre enfoques recientes que contribuyen a configurar un análisis más diverso y reflexivo del pasado, atento a la pluralidad y las relaciones de poder. Sin embargo, en mi opinión, su articulación resulta algo heterogénea e incompleta, especialmente tratándose de un capítulo tan breve y poco conectado internamente. Reúne líneas de investigación diversas (estudio de las masculinidades, arqueología queer y arqueología anarquista) tratándolas de forma muy sintética y superficial, y quizás habrían encajado mejor dentro de otros capítulos o requerirían un desarrollo más profundo para comprender plenamente su relación con la arqueología de género.

La segunda parte del libro se centra de lleno en el núcleo analítico de los estudios de género en Arqueología: aunque la arqueología de género se plantea preguntas específicas, estas se abordan mediante las herramientas tradicionales (excavación, análisis de cultura material, contextos funerarios, iconografía). Esta cuestión se aborda principalmente a partir de la arqueología funeraria (capítulos 4 y 5), uno de los ámbitos donde el registro arqueológico permite un acceso más “directo” a los individuos y, por extensión, a las construcciones sociales que los definían.

Algrain y Mary recuerdan, acertadamente, la ambivalencia del registro arqueológico y del estudio de los restos (capítulo 4): pueden ofrecer indicios sobre la identidad del individuo,

¹ Colomer et al. 1999.

pero también pueden deformarlos si no se interpretan correctamente. La arqueología funeraria ofrece un conjunto muy amplio de datos (tipo de entierro, arquitectura, ritual, tratamiento del cuerpo, ajuares, ofrendas, etc.) que, junto con análisis osteológico o ADN permiten estimar, en ocasiones, sexo, edad, salud, dieta o parentesco. Pero nada de eso está libre de sesgos. El propio concepto de “sexo biológico” se tambalea cuando se analiza de cerca en el contexto arqueológico, ya que no siempre encaja con una concepción binaria. Además, determinar el sexo de un esqueleto no indica nada sobre cómo esa persona entendía su identidad ni sobre cómo era percibida en su comunidad (p. 51). Y, como bien indican las autoras, la historia del estudio del esqueleto humano y del dimorfismo sexual ha estado atravesada por estereotipos sexistas y racistas, que han condicionado la interpretación arqueológica desde su inicio.

Este límite del análisis osteológico conduce al examen del material asociado a los individuos (*capítulo 5*). Ahora bien, como señalan las autoras, los contextos funerarios, a pesar de informar sobre prácticas y creencias, no reflejan de manera directa la organización social de los vivos. La tumba es una imagen parcial del individuo, construida por otros y situada en el momento de la muerte. Por estos motivos, los objetos asociados no permiten acceder a la identidad de género del individuo tal como era vivida, sino a la identidad social representada. Los primeros estudios clasificaron los objetos como “femeninos” y “masculinos”, proyectando sobre el pasado las normas culturales de quienes los excavaban.

Las autoras insisten en que los objetos no determinan ni el sexo ni el género del individuo (p. 57). Aunque ciertas actividades pudieron estar marcadas por la división del trabajo por género, los ajuares no reproducen de forma mecánica esa división: la presencia o ausencia de armas o instrumentos textiles no basta para asignar identidades en el pasado (p. 58). La selección de los objetos, además del género, también responde a factores como la edad, el estatus o la posición social. Los casos analizados, como las tumbas femeninas de Vix o la Bj 581 de Birka (identificadas inicialmente como masculinas) muestran con claridad que estos hallazgos no pueden entenderse como excepciones anecdóticas. Su reinterpretación evidencia hasta qué punto ciertas clasificaciones han reproducido ideologías y prejuicios contemporáneos, asumiendo que una mujer no podía ocupar posiciones de poder ni aparecer asociada a armas.

El *capítulo 6* aborda cómo el género se expresa, se aprende y se reproduce a lo largo de la vida. Partiendo de la teoría de la performatividad de Judith Butler (1990), según la cual el género es una construcción social que se materializa mediante la repetición de las acciones, las autoras subrayan que el género no es un rasgo biológico, sino un proceso socialmente regulado (p. 69). La socialización del género comienza desde el nacimiento y se refleja en la cultura material: vestimenta, adornos y apariencia corporal funcionan como marcadores de identidad social, estatus, edad o sexo, según el contexto histórico-cronológico. También se analiza la organización del espacio, cuya división entre ámbitos públicos y privados reproduce jerarquías de género y, de forma general, relega a las mujeres al interior doméstico y sitúa a los hombres en el espacio público (p. 71). El capítulo incorpora además la arqueología de las sexualidades, destacando la variabilidad de las prácticas y de los estereotipos que las acompañan (p. 73) y finalmente se aborda la relación entre género y discapacidad, señalando que el hallazgo de personas con discapacidad en necrópolis sugiere que no fueron excluidas de la comunidad en muchas ocasiones (p. 75).

El *capítulo 7* analiza los orígenes de la división sexual del trabajo desde la prehistoria, mostrando que este hecho no responde a diferencias biológicas sino a construcciones simbólicas que jerarquizan lo masculino y lo femenino y devalúan sistemáticamente las tareas asociadas a las mujeres (p. 77). Se aborda la revalorización del trabajo femenino, destacando que su desvalorización es una construcción social tanto del pasado como de la investigación arqueológica contemporánea (p. 79). La idea clásica de hombre-cazador / mujer-recolectora ya ha quedado desfasada y ha puesto de relieve los sesgos androcéntricos en la interpretación de las actividades prehistóricas y en los análisis bioarqueológicos (p. 79). Actividades como la cestería, la recolección o la alfarería fueron tradicionalmente invisibilizadas por asociarse a las mujeres, y solo cuando la producción cerámica adquirió un carácter especializado o comercial, pasó a considerarse un ámbito masculino (p. 80). Más allá de las tareas domésticas y de cuidados (que merecen reconocimiento por sí mismas), las mujeres también participaron en otras ocupaciones, como muestran las fuentes literarias, epigráficas e iconográficas.

En este sentido, las autoras examinan las representaciones iconográficas (*capítulo 8*) como una vía más para estudiar la construcción social del género y como una posibilidad de análisis de los objetos más allá de su dimensión funcional. Prestándole especial atención al caso de la Grecia antigua, las autoras muestran que la iconografía no reproduce la realidad, sino que la idealiza y cambia según el medio, el público y la función de la imagen. De esta forma, las imágenes codifican jerarquías de género y poder y permiten explorar la intersección entre género, clase y etnicidad: escenas de violencia, feminización del enemigo como estrategia de desprestigio, reproducción de modelos de masculinidad hegemónica, representación de mujeres “respetables” o no (como las heteras-cortesanas), junto con el uso diferenciado del tono de piel para mujeres o extranjeros, así como las prácticas representadas (cuidado del cuerpo en la palestra para los hombres, cuidado corporal en el interior de los gineceos para las mujeres). Todo ello remarca el carácter performativo y normativo de estas construcciones visuales a través del cuerpo y se enmarca en debates más amplios sobre la infrarrepresentación de las mujeres y la naturalización de estereotipos en la tradición iconográfica, muchos de los cuales han sido trasladados (de manera más o menos explícita) al análisis contemporáneo.

En el *capítulo 9*, las autoras analizan cómo las concepciones contemporáneas del género han condicionado la interpretación arqueológica y, en consecuencia, cómo los museos han reproducido estereotipos que naturalizan jerarquías sociales. Subrayan la necesidad de incorporar una perspectiva de género en los discursos museográficos, ya que la selección de objetos, textos o imágenes han privilegiado las actividades históricamente asociadas a los hombres (en ocasiones, erróneamente), mientras que las vinculadas a las mujeres, la infancia o la vejez han quedado relegadas a un segundo plano o directamente invisibilizadas. Algrain y Mary destacan además una paradoja significativa en la museología: aunque muchas mujeres han desempeñado un papel fundamental en el trabajo cotidiano de los museos (en parte, por haber sido “excluidas” del trabajo de campo), su presencia en las narrativas expositivas sigue siendo reducida, estereotipada e incluso sexualizada en numerosas instituciones. No obstante, desde los años 2000 son muchas las instituciones que han comenzado a integrar progresivamente perspectivas más inclusivas, promoviendo una comprensión más realista del pasado.

La tercera parte de la obra abandona el análisis del pasado para situarse en el presente de la disciplina. Las autoras muestran cómo distintas formas de discriminación (sexismo, racismo, clasismo, LGTBfobia o capacitismo) atraviesan a las personas que trabajan en Arqueología y condicionan tanto su día a día profesional como su producción científica.

En primer lugar, se aborda de forma crítica el sexismo estructural que atraviesa la disciplina arqueológica (*capítulo 10*), un fenómeno aplicable a cualquier país. Se examina la invisibilización histórica de las aportaciones de las mujeres en la ciencia (el conocido como “efecto Matilda”) y barreras profesionales que limitan su progresión, como el techo o las paredes de cristal, así como la presencia desigual en citaciones y espacios académicos. Retomando trabajos como los de la arqueóloga estadounidense Joan Gero, analizan cómo el prestigio asociado al trabajo de campo y a la dirección de excavaciones ha estado tradicionalmente reservado a los hombres, relegando a las mujeres a tareas poco o nada reconocidas como la limpieza, la catalogación o el dibujo, ya desde las primeras experiencias en el campo como estudiantes.

Por otro lado, se aborda también cómo las expectativas de género influyen en la elección de temas de investigación, concentrando a muchas mujeres en áreas menos valoradas, mientras que los hombres (cisheterosexuales blancos) siguen dominando la mayoría de los campos (salvo en ámbitos como los estudios iconográficos o de género). A todo ello se suman las violencias cotidianas (actitudes paternalistas, bromas sexistas, *mansplaining*... e incluso abusos sexuales), que afectan especialmente a las estudiantes. En la mayoría de los casos, estos comportamientos quedan impunes y son las mujeres las que terminan abandonando la arqueología y marchándose de los espacios académicos para no verse obligadas a convivir con sus agresores, mientras que ellos siguen tranquilamente progresando en sus carreras académicas y profesionales.

Finalmente, el capítulo también visibiliza temas habitualmente ignorados, como la maternidad o la paternidad, además de las condiciones laborales pensadas por y para hombres cisgénero, evidentes incluso en cuestiones básicas como la gestión de la higiene menstrual en la excavación.

En segundo lugar, se analiza el racismo en la disciplina arqueológica (*capítulo 11*), poniendo de manifiesto la escasa presencia de personas racializadas en la profesión y la falta de estudios sobre esta problemática a nivel global. A través de casos como Sudáfrica y Estados Unidos se muestra cómo las desigualdades raciales (heredadas de contextos históricos como el apartheid o el racismo institucional) limitan el acceso a la formación, los recursos y la visibilidad académica de arqueólogos no blancos, especialmente de las mujeres. Aunque las personas racializadas han participado activamente en la arqueología (especialmente como mano de obra), su trabajo ha sido sistemáticamente invisibilizado.

Tal y como señalan las autoras, en lugares como Estados Unidos, las barreras raciales y las condiciones socioeconómicas han llevado a muchas personas negras a optar por otras profesiones, mientras que quienes acceden a la arqueología suelen verse encasillados en el estudio de la diáspora africana. Autoras como Kathleen Sterling denuncian la asociación automática entre identidad y tema de estudio, que no necesariamente tienen que estar relacionados (p.121).

Frente a estas desigualdades, las autoras proponen medidas que no deben recaer solo en quienes sufran racismo, sino que requieren del compromiso activo de toda la comunidad científica. Entre ellas destacan algunas iniciativas como colaborar con las comunidades implicadas, promover la formación de arqueólogos locales, aumentar su representatividad en universidades y ámbitos profesionales y el desarrollo de una arqueología antirracista basada en la participación activa de las comunidades (p. 122).

En tercer lugar, se examina cómo la arqueología también reproduce jerarquías de clase inherentes a una sociedad capitalista (*capítulo 12*). La Arqueología tiende a excluir a la gente de clase trabajadora, en parte por la normalización del trabajo no remunerado, la precariedad y los altos costes de acceso y permanencia en la disciplina. Esta desigualdad se refleja en la división entre trabajo manual e intelectual, analizada por Asa Berggren e Ian Hodder (2003): mientras que directores-arqueólogos realizan las tareas valoradas y remuneradas, los técnicos, los voluntarios o los estudiantes constituyen una mano de obra invisible y muy mal pagada, cuando no directamente gratuita o incluso de pago en muchos de los cursos de verano en el caso de los estudiantes.

El término de “proletariado arqueológico” sintetiza bien esta situación precaria a la que se enfrentan muchos de los jóvenes a nivel global. El alto coste de los cursos de formación y la falta de remuneración excluyen a estudiantes de entornos menos favorecidos, agravado por el hecho de que estos cursos se realizan en verano, cuando muchos necesitan trabajar. A ello se suman prácticas también precarias como publicaciones no remuneradas, contratos insuficientes o altos costes de desplazamiento y manutención para asistir a congresos, que dificultan el desarrollo de una carrera profesional estable.

En cuarto lugar, en relación con las LGBTfobias (*capítulo 13*), las autoras repasan el desarrollo de la Arqueología Queer y su crítica al sistema heteropatriarcal. Como ya se ha comentado, la arqueología ha estado dominada por el hombre blanco cisheterosexual, generando un entorno a menudo incómodo para quienes no encajaban en ese modelo, especialmente marcado por un fuerte machismo y transfobia. No fue hasta los años 2000 cuando surgieron los primeros trabajos de arqueología queer, con autoras como Cheryl Claassen, que denunciaron cómo la homofobia había excluido y limitado las carreras de muchas mujeres, especialmente las lesbianas o negras, estas últimas especialmente explotadas como mano de obra barata.

Aunque desde hace décadas se ha visibilizado la necesidad de construir ambientes de trabajo más inclusivos, la discriminación hacia personas del colectivo LGTB sigue siendo todavía frecuente en aulas, excavaciones y proyectos de investigación, que se manifiestan en aislamientos, insultos, acoso o agresiones. Frente a ello, las autoras proponen estrategias como la formación de responsables en el yacimiento, protocolos claros ante incidentes y, por supuesto, la implicación activa de personas que no son del colectivo para combatir estas desigualdades.

En continuidad con las desigualdades analizadas, en el último capítulo (*nº 14*) se aborda el concepto de capacitismo y se muestra cómo las concepciones normativas sobre la discapacidad influyen en la práctica arqueológica, desde el acceso desigual a oportunidades labora-

les hasta la falta de adaptación de los entornos de trabajo. Ya sea una discapacidad visible o invisible, se construye socialmente a través de barreras estructurales que excluyen a quienes no encajan en el ideal de cuerpo “válido”, especialmente en el campo, donde se exigen un rendimiento físico elevado. De esta forma, se exponen las diferentes formas de discriminación, que van desde el desconocimiento y falta de adaptación institucional hasta el miedo de declarar una discapacidad por miedo a posibles represalias. El capítulo concluye con propuestas para construir entornos de trabajo más accesibles e inclusivos, mediante medidas concretas y un mayor compromiso institucional.

Creo que el libro de Algrain y Mary parte de una premisa acertada: la Arqueología nunca ha sido una disciplina neutral y está atravesada por los mismos sistemas de poder que estructuran el mundo contemporáneo. Desde esta posición, las autoras presentan la Arqueología de Género no como una metodología cerrada sino como un enfoque crítico que cuestiona las narrativas dominantes y examina cómo se construyen las interpretaciones del pasado. El género aparece como un eje vertebrador y transversal en la obra, que afecta a la cultura material, las prácticas funerarias, la iconografía, la división del trabajo y, por supuesto, a la propia disciplina arqueológica.

Aunque la obra mantiene una clara intención pedagógica y ofrece una introducción accesible, en mi opinión, algunas partes presentan saltos temáticos algo abruptos; por ejemplo, entre la parte dedicada al registro arqueológico y la centrada en las desigualdades estructurales dentro de la profesión. Los temas están presentes, pero no siempre se explicita la lógica que los articula, lo que genera cierta sensación de fragmentación interna. Algo similar ocurre con temas como la arqueología queer, la infancia o la vejez, que se comentan muy por encima. Incluso con la interseccionalidad sucede algo parecido, ya que, aunque constituye un pilar teórico fundamental del libro, las categorías de género, clase, raza, sexualidad, discapacidad se abordan en ocasiones más en paralelo que de forma integrada.

A pesar de incluir perspectivas diversas como la arqueología queer, arqueología indígena, sexualidad, discapacidad, etc.) quizá faltaría un desarrollo más explícito de perspectivas no occidentales o una mayor descentralización del enfoque occidental, que parece dominar varios capítulos a pesar de ser la intención contraria de las autoras. Estados Unidos y Europa -en especial las zonas francófonas- reciben un tratamiento detallado, en ocasiones otras zonas también (como Sudáfrica cuando se habla de racismo), pero el resto de las regiones aparecen agrupadas bajo epígrafes genéricos “1.2.4. *And the rest of the world?*”; “10.4.4 *Across the globe*”; o “11.1.3. *Across the world*”. Este tratamiento, aunque seguramente motivado por limitaciones de espacio, reproduce involuntariamente el mismo sesgo que la obra pretende cuestionar.

Aun así, el valor del libro de Algrain y Mary reside en su capacidad de síntesis al mismo tiempo que aporta una amplia recopilación de datos y referencias, lo que demuestra un sólido manejo del tema y permite al lector profundizar de forma autónoma. Aunque no profundiza en algunas de las cuestiones que plantea, considero que como obra introductoria su objetivo no es tanto la exhaustividad sino trazar un panorama general que oriente y despierte el interés del lector. En mi opinión, se trata de un libro ameno y accesible y va acompañado de ilustraciones y cuadros explicativos que facilitan la comprensión de conceptos más complejos o de casos de estudio menos conocidos. Para quienes se acercan por primera vez a la Arqueología de Género constituye una puerta de entrada clara y estructurada; y para quienes ya están familiarizados con el tema ofrece una base de referencia con datos y bibliografía actualizada, además de ofrecer un enfoque más amplio que el tradicionalmente empleado en el estudio arqueológico.

No obstante, la ausencia de referencias a la Arqueología Sensorial² y, en general, a los enfoques centrados en la experiencia, la percepción o la corporalidad me resulta especialmente significativa, a pesar de que en los últimos años han adquirido un peso notable para comprender cómo se construyeron aspectos como la identidad, la agencia y la materialidad en el pasado. La omisión me sorprende porque además las autoras sí citan a autores como

² Sobre la dimensión sensorial del registro arqueológico: Hamilakis 2015; Price 2018; Price 2022.

Yannis Hamilakis³ o Uroš Matić⁴ para otros temas y no se hace referencia a sus aportaciones a este ámbito, especialmente relevantes para comprender cómo los cuerpos sienten, performan y negocian su presencia. Como señala Robyn Price (2018), toda experiencia está mediada por los sentidos, y una lectura sensorial del registro material (que vaya más allá de la hegemonía del estudio iconográfico) permitiría abrir dimensiones más dinámicas y humanizadoras del pasado. En mi opinión, integrar estas perspectivas habría enriquecido de forma natural las cuestiones dedicadas al cuerpo, la performatividad o la construcción material del género. En este sentido, también es llamativa la ausencia de obras previas como *Archeologia delle identità e delle differenze* (Cuozzo y Guidi, 2013), que ya planteaban muchos de los debates clave sobre arqueología feminista, queer, de las masculinidades, de las minorías o postcolonial. Su omisión, quizá por cuestiones lingüísticas (un patrón que, como ya señalaban las propias autoras (p. 21), se repite con otras producciones académicas), limita la amplitud real del debate bibliográfico que la obra aspira a articular.

Aun así, la obra de Algrain y Mary logra articular una aportación valiosa a la disciplina, al visibilizar perspectivas diversas, promover entornos de trabajo más seguros y favorecer una mayor representación de grupos históricamente marginados. Porque como bien recuerdan citando a Meghan Walley (p. 62), si no revisamos críticamente las categorías con las que interpretamos el pasado, corremos el riesgo de perder detalles esenciales e incluso de reproducir clasificaciones que han sido (y siguen siendo) opresivas⁵. Estas reflexiones sintetizan con claridad la necesidad de adoptar miradas críticas y plurales en Arqueología para construir una visión más inclusiva y realista del pasado.

BIBLIOGRAFÍA

- Berggren, A, Hodder, I. (2003) Social practice, method and some problems of field archaeology, in *American Antiquity* 68(3), 421-434.
- Butler, J. (1999) *Gender trouble. Feminism and the subversion of identity*, Routledge.
- Colomer, L., González Marcén, P., Montón, S., Picazo, M. (eds.) (1999) *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología*, Icaria.
- Cuozzo, M., Guidi, A. (2013) *Archeologia delle identità e delle differenze*, Carocci.
- Fitzpatrick, A. (2021) Accountability in Action: How can Archaeology make amends? in W. Carruthers et al. (eds.) *Special Issue: inequality and Race in the Histories of Archaeology*, *Bulletin of the History of Archaeology*, 31(1), 14-16.
- Hamilakis, Y. (2015) *Arqueología y los sentidos. Experiencia, memoria y afecto*, JAS Arqueología.
- Matić, U. (2022) *Beautiful bodies: gender and corporeal aesthetics in the past*, Oxbow books.
- Price, R. (2018) Sniffing out the Gods: Archaeology with the Senses, in *Journal of Ancient Egyptian Interconnections* 17(1), 137-155.
- Price, R. (2022) *Sensing the Fundamentals: An Examination of Scent as Integral to Ancient Egyptian Society*, University of California, Los Ángeles.
- Walley, M. (2020) *Incorporating nonbinary gender into Inuit archaeology. Oral testimony and material inroads*, Routledge.

³ Hamilakis 2015.

⁴ Matić 2022.

⁵ Walley 2020, 1.